

le fué mas doloroso, estropeándole lastimosamente muchos versos. Una traduccion semejante, era árdua empresa para un mozo de pocos años; pero es menester confesar que el Sr. de Berriozabal no se mostró inferior á su empeño.

No podia escogerse trabajo mas á propósito para un ensayo del talento poético; porque en él se habia de palpar si el traductor sabia mostrarse poeta comprendiendo al poeta; si tenia el sentimiento de la religiosa ternura que respira *El Crucifijo*; si acertaba á espresar el sublime lenguaje del *Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, y hacernos oír el acento de *La Desesperacion*, en la boca del mortal que blasfema de la Providencia.

El Crucifijo, que por el doble título de su nombre y de su mérito, ocupa dignamente el primer lugar entre las composiciones traducidas, está vertido al español con suavísima unción, y con aquella belleza grave y melancólica que tan bien asienta á los recuerdos que escita un *Crucifijo*, recogido del seno de una persona querida que acaba de espirar.

¡Imágen de mi Dios, heredamiento
De precio el mas subido
Que de su yerto labio he recogido
Con su final adios y último aliento,
Símbolo para mí dos veces santo!
¡Ay cuántas mi quebranto
Con encendido lloro
Ha bañado tus piés, que amante adoro,
Desde el sacro momento
En que á mis manos trémulas pasaste
Desde el seno de mártir inocente,
Estando tú aun caliente
Con su postrer suspiro que guardaste!
Fugitivo esplendor aun retumbraba
En sus lánguidos ojos de dulzura;
El sacerdote anciano murmuraba
Del dichoso morir el suave canto
De celestial encanto,
Semejante al arrullo de ternura
Con que adormece maternal cariño
Al regalado niño.
De su esperanza pia
En su frente la huella se veía;
En su rostro bañado

De insólita hermosura
Pasajero dolor hubo estampado
Su gracia y el donoso desalifo,
Su magestad la muerte grave y pura.

Del funerario lecho
Un brazo le pendia;
Lánguidamente el otro sobre el pecho
Plegado parecia
Que aun con abrazo, estrecho
La dulce imágen de Jesus cefia.
Su labio se entreabria
Para estrecharle aún; su ánima empero
Entre los santos ósculos ya habia
Veloz desaparecido,
Cual perfume ligero,
Que la llama devora aun no concedido.
Todo en su boca frígida dormia.
Los inquietos latidos
Del corazon callaban;
Sus párpados rendidos
Al sueño sepulcral medio caidos
Apenas ver dejaban
Sus ojos de tinieblas circuidos.

En el *Himno del Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, abandona el poeta ese sentimiento de blanda y melancólica ternura, y deja que hable la *divina sombra*, que no viendo en la tierra

Mas que cenizas, míseros despojos
De un Lucero difunto,
Mas que un hueso de fruta pestilente,
Que ha ya roído del gusano el diente,

se espresa con aquel acento de sublime dolor que cumple á un querub, que abandona el lucero confiado un día á su guarda, y que no habiendo podido evitar su destruccion; acata los decretos del Eterno:

Y el vuelo remontando
Desde lejos sacude de sus alas
El polvo vil, y aun otra vez se inclina
Para tornarle á ver.

La sorpresa del ángel al mirar al globo reducido á un monton de

ceniza fria, está espesado con suma maestría; Lamartine hizo un esfuerzo para levantarse á la altura del celeste espíritu; y el jóven traductor español no se quedó rezagado en el atrevido arranque: el mismo Herrera no desdenaría, por cierto, el siguiente pasaje.

¡Y qué! ¡tú eres tierra inanimada,
Tú eres la que yo veía.
¡Ay Dios! aun no hay un día,
Alanzarte inflamada
Del dedo de Jehová como centella
Del amor y la vida
En la hoguera encendida?
Con ruboroso velo
Admiracion y envidia á toda estrella
Cubrió la faz. Tú descendiste al cielo,
Y los astros saltaron
Al punto que te vieron,
Y las olas de azul apaciguaron
Bajo tu peso su bullir bramante,
Y tu globo espumante
Pacíficas mecieron.
¡Sobre tu tierna frente que aun nacía,
La luna, el sol brillaban á porfía!
Con mas grata dulzura
Que tu risueña aurora,
Y mas que el medio dia
Resplandeciente y pura
La mirada de Dios centelladora.
De la vida inmortal aun te vestía.
¿Cuál es tu destino?... ¡En su semilla ahogados
De cuantos seres inmortales lleno
Debiera estar tu seno!
¿Dó están? ¡Es cierto! ¡Es ya ceniza fria
Lo que en la eternidad vivir debía!

Acongójase el pecho al recorrer las terribles páginas de *La Desesperacion*, y al encontrarnos con *La respuesta de la Providencia*, parecenos que despertamos de un ensueño infernal en la aurora de un hermoso dia. Difícil parecia que en el corazon tiernamente religioso del jóven traductor se hallase una cuerda que vibrase tan recio, y que con tan bronco sonido imitase el lenguaje de los condenados; lenguaje que penetra hasta el fondo del alma, y que dejaría en ella una impresion funesta, si luego despues que

El hijo de la nada la eciesistencia
Ha maldecido.

no hablase el Supremo Hacedor defendiendo el propio su causa, y no aterrase á su débil criatura que blasfemaba lo que no comprendia diciéndole:

Para ser justo tú tienes un dia
Y yo la eternidad

La traduccion de *El hombre á Lord Byron*, es tambien propia del terrible genio á quien va dirigida: la siguiente muestra dará á nuestros lectores una idea del desempeño del traductor.

¡Tú, cuyo nombre verdadero el mundo
Ignora todavía, misterioso
Espíritu, mortal, demonio ó ángel,
Cualesquier cosa que tú seas, Byron,
Genio bueno ó fatal, de tus conciertos

La armonía frenética me agrada;
Como me agrada el estallar del rayo
Y de los vientos el feroz rugido
Cuando juntan su voz en las tormentas
De los torrentes al estruendo sordo!
Es tu morada lóbrega la noche,
Tu dominio el horror. Águila adusta,
De los desiertos orgullosa reina,
Así rehuye los floridos prados;
Solo le agradan como á tí, las rocas,
Que el invierno nevoso ha encaneido,
Y que el rayo partió; solo le placen
Solitarias riberas, que el naufragio
De sus despojos pálidos sembrara,
O sanguinosos campos que ennegrecen
Los deplorables restos del combate;
Y mientras pone el nido entre las flores
Cabe el parlero arroyo Pilomena;
Ella salva la horrible de Athos cumbre,
Y en el declive de los agrios montes,
Viendo á sus plantas insondable abismo,
El rudo nido impávido coloca:
De palpitantes miembros rodeada,
De ásperas rocas, donde verdinegra
Gotea sin cesar caliente sangre,

Baña su pecho de inhumano gozo
 Con los chirridos lúgubres que arroja
 La desvalida presa que sus garras
 Oprimen, ahogan, hieren, descuartizan,
 Y que aun viva devora su atroz pico;
 Y en jubilosa magestad se aduerme
 Mecida en alas de la gran tormenta.
 Semejante al pirata de los aires
 Eres, ó Byron; del despecho insano
 Son tu mas dulce música los gritos:
 Tu espectáculo el mal, y tu infelice
 Víctima el hombre. Cual Satan tus ojos
 Han medido el averno; allí tu alma,
 Al sumergirse, á la esperanza ha dicho
 Un adios eternal.

Quien tan felizmente se habia ensayado en traducciones semejantes, bien podia acometer empresas de mayor entidad; y el Sr. de Berriozabal se sintió ya con fuerzas para poner la mano en la recomposicion ó renovacion de un poema épico. Hablamos de la *Cristiada* de Hojeda, publicada por el jóven poeta con el título de *Nueva Cristiada*. La rapidez con que vamos escaminando las obras del Sr. de Berriozabal, no nos permite entrar en cuestiones acerca de las ventajas, inconvenientes y dificultades de semejante trabajo; en el prefacio de su obra la ha tocado el Sr. de Berriozabal, y creemos que para dar ideas claras sobre el particular, nada mas á propósito que sus mismas palabras.

“El padre maestro Fray Diego de Hojeda, dominico de Lima, hallándose de regente de los estudios de su convento, compuso en los primeros años del siglo XVII, un poema, divino por su objeto, por la admirable maestría de su estructura, por la inmensa erudicion que encierra, por la elevacion de sus pensamientos, por la ardentia poética de sus afectos, por la estension y grandeza de su plan, por sus imágenes altas y atrevidas, y finalmente, por su exquisito sabor de mística y de santidad. Empero este grandioso monumento de gloria para su autor, quedó sepultado entre indignas cenizas en esa vandálica inundacion del mal gusto, en que los Góngoras, es decir, los Alarcos y Atilas de la española poesía, redujeron á escombros el floreciente imperio de las letras. Este amenísimo campo, aislado con tal barbarie, se vió en breve cubierto de malezas, las cuales por mas de una centuria hicieron olvidar las muchas preciosidades que bajo de aquellas ruinas se hallaban soterradas. En aquel tiempo fué mo-

da vivir á oscuras. Sabido es que la aurora que disipó tan ominosas tinieblas, fué la aparicion admirable de Luzan, Cadalso, Moratín, Melendez y otros beneméritos ingenios, cuyos nombres pronunciamos de pocos años á esta parte con poco respeto, con ingratitud; olvidamos lo que les debemos: olvidamos que no es lo mismo conquistar un reino que aprovecharse de las conquistas de nuestros predecesores: deslumbrados con los relumbrantes vuelos de algunas águilas extranjeras, las seguimos con peligro de abrazarnos en los rayos del sol, apartando la vista del gracioso y apacible revoloteo del colorin de Batilo.

“Nadie ignora que con la restauracion del buen gusto salieron del olvido en que yacian algunos de los muchísimos buenos poetas del siglo de oro de la lengua castellana: todos se afanaron por estudiar la docta y castiza antigüedad del idioma y las bellezas de su poesia en los autores que habia ultrajado la generacion anterior; los impresores los desagaviaron haciendo de ellos nuevas ediciones; diéronse á luz diversas colecciones, que si bien carecian del gusto, orden y delicadeza para elegir que en ellas echan de menos los maestros del arte, presentaban el oro como sale de la mina, entremezclado con otras materias no tan dignas de estima ni de valor tan subido. Pero aun dormía Hojeda en el polvo del olvido, ni era llegado el tiempo de su resurreccion; los restauradores de la buena poesia estaban demasiado ocupados en cantar amorcillos profanos, y al otro lado del Pirineo recibia Voltaire el incienso de los ilusos. En otras naciones, principalmente en Alemania, agitaba la inspiracion de Dios los ardorosos pechos de los vates; pero la Francia estaba de por medio. Las modas de esta nacion vecina tarde ó temprano suelen venir á España: aquella se ha levantado del abismo de la impiedad que es una tumba hedionda, ha visto que era inmundado el traje del cinismo, y ya lo arroja avergonzada para adornarse del antiguo timbre de muy cristiana: es dicha de su suelo que en él se estén dando un ósculo de paz la religion y las letras. Ya se deja entender que el siglo en que vivimos, á pesar de las tempestades que corre la nave del Estado, es mas favorable que el pasado á la reparacion del grande Hojeda. El hecho lo confirma. En 1833 publicó D. Manuel José Quintana una coleccion de los mejores trozos de nuestros poemas heróicos, é insertó en ella diez y siete fragmentos de la *Cristiada*, y en el discurso crítico que los precede de leemos, entre otras cosas, lo siguiente: “La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica, segun la opinion general un accesorio preciso en ellos, era en la *Cristiada* la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella

todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad, no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho mas árduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la *Cristiada* esta alta composicion en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, despues tratan de impedirlo por medio de equidad y de blandura, y desengafiados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural, la rabia y crueldad de los sayones como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo, conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y de maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra á suministrar aqui consuelos, allí esperanzas, mas allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo. Dios en lo alto, inmole en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio y sufriendo con toda la magestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantéz de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos." Hasta aquí el Sr. Quintana.

"Quien lea este magnífico bosquejo, se admirará sin duda de que la *Cristiada* no sea el poema mas célebre del mundo, ó al menos atribuirá su oscuridad á una causa grave y misteriosa; pero el mencionado crítico desenvuelve este enigma, haciendo una larga enumeracion de los defectos que cometió el grande Hojeda al ejecutar el plan que habia ideado con tan prodigiosa perfeccion; enumeracion que me abstengo de copiar, porque los aficionados pueden verla en el autor que he citado como el único que ha hablado de esto.

"Quisiera yo que no fuesen tan raros como son los ejemplares de la antigua *Cristiada*, pues teniéndola á la vista se me podría disculpar y aun agradecer el atrevimiento de haber derribado con ardor y con brio juvenil aquel viejo y desmedido edificio, que yacia en la soledad y el abandono, para edificar sobre sus mismos cimientos y con el oro hallado entre sus ruinas, otro nuevo palacio mas her-

moso para el rey de los cielos. Pudiera haber hecho del todo mia la gloria de esta nueva fábrica, construyéndola con el caudal de ideas y con el plan ajeno; pero ¿á qué fin aumentar el número de los plagarios ocultos, que engalanados con robos, se avergüenzan de decir esto no es mio?" Tan lejos estoy de semejante ratería, que mi anhelo de engrandecer la memoria de Hojeda ha rayado en un entusiasmo no estéril ni infecundo, sino eficaz y activo, para con nueva lozanía levantarle de su sepulcro, y generoso para cederle las flores con que he retejido la corona de su inmortalidad.

"Diré, pues, lo que he hecho para lograrlo; copiar en miniatura su cuadro gigantesco. He dado mas vida á las fisonomías, rápido movimiento á las figuras, y á la accion mas calor, mas variedad, mas energía, mas vuelo. ¿Cómo? conservando en lo posible el grandioso plan del antiguo poema, sus ideas, y hasta sus versos cuando son buenos ó pueden convenir á las nuevas dimensiones del mio; creando imágenes nuevas, retocando y avivando las antiguas, suprimiendo todo lo frio, todo lo difuso, todo lo insípido; poniendo de mi caudal las pinturas del infierno y los episodios de Pedro y de los milagros contenidos en el canto segundo, quitando algunos otros que con su excesiva monotonia hacian muy pesada su lectura, á pesar de sus grandes bellezas de primer orden, corrigiendo en su mayor parte la versificación ó haciéndola de nuevo. A esto di el título de compendio cuando en 1837 publiqué en Paris el fruto de mi tarea, y envié aquella edicion, algo incorrecta, á mi pais ardentemente amado, la América meridional. La *Cristiada* habia nacido en el Perú, y despues de mas de dos siglos volvía á presentarse rejuvenecida por un hijo de aquella religiosa república; y así era justicia que á ella volviese lo que por derecho le pertenecía. Algunos ejemplares traídos á España únicamente por regalarlos á varios amigos y no pocos que se repartieron en Francia y en Italia, han grangeado á Hojeda una porcion de admiradores, poetas y no poetas, cuyos elogios no era de esperar que se prodigasen á un trabajo, que si bien se habia acometido con el hervoreillo que abrasa las venas del hombre en la fogosa y entusiasta edad de veintidos años, no podia prometer la cordura ni discrecion necesarias para poner la mano sin nota de temeridad en un argumento épico. Pero aquí se ha verificado aquella tan sabida sentencia: *Audaces fortuna juvat*; por lo cual me he resuelto á dar al público esta edicion mejorada con los adelantamientos consiguientes que hacerse suelen en la juventud, y con las observaciones que de varias personas he podido oír y recoger en estos cuatro años. En literatura y en moral soy de parecer que nadie tiene motivo de avergonzarse por dar á sus obras to-

da la perfección posible, corrigiéndolas una y mil veces. Sé que los frutos de nativa hermosura tienen la belleza de Eva antes de su pecado; pero también arrebatan mi imaginación el maniqueo disoluto hecho doctor de la Iglesia, y la muger impúdica hecha ángel de los desiertos; Agustín y María la Egipciaca transformados por su corrección y enmienda de carbones de iniquidad en los esplendorosos de immaculada justicia. Aplíquese esta idea á las producciones del ingenio, y se la verá confirmada en la presente.

Dejando, pues, al juicio de los lectores el fallo sobre las cuestiones literarias que aquí podrían ofrecerse, nos contentaremos con hacer notar algunas de las muchas preciosidades que se encierran en la Nueva Cristiada.

Otros poetas españoles se han ocupado en revestir de formas sensibles á los siete pecados mortales, presentándoles en personificaciones á propósito para espresar sus deformidades características; pero mucho dudamos que en esta parte se haya escrito nada superior á las magníficas pinceladas del Sr. de Berriozabal, al pintarnos á Jesus en el huerto de Gethzemaní con la misteriosa vestidura de las siete fajas.

Con pavoroso manto el firmamento
 La noche melancólica cubria,
 Y con ronco zumbido el vago viento
 En la celeste bóveda gemía,
 Y lúgubre clamor de sentimiento
 Aun el monte mas duro despedía,
 Cuando á Gethzemaní Jesus llegaba,
 Y en ondas de dolores se anegaba.
 ¡Ah, que de pecador tragedia triste
 En figura de todos representa,
 Y de sus culpas una ropa viste
 Tejida en maldicion y vil afrenta!
 Intrépido vístiola y no resiste
 Ser por ella arrojado en la tormenta:
 La vestidura siete fajas tiene
 Y culpa grave cada cual contiene.
 En la primera está la magestosa
 Libre Soberbia, grave y empinada,
 En ancha silla de marfil preciosa,
 Con régia pompa de ambicion, sentada.
 Cíñe su adusta frente nebulosa
 Aurea corona de humo vil tiznada,
 Y su erguida garganta collar rico,
 Y para su alteveza el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca Avaricia,
 De tristes ojos y corage hambriento,
 De oro cercada y llena de codicia,
 Abre cien bocas, tiende manos ciento.
 Con aquellas da paz á la injusticia,
 Con estas de su bien busca el aumento;
 De sangre de pequeños se mantiene,
 Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas
 Por la sangre de Cristo gratifican,
 Están pintados, y con lenguas mudas
 Su nefanda maldad allí publican.
 ¡O buen Dios! ¡Que á pagar por él acudas
 ¡Ay! con tus venas que tu amor esplican?
 ¡Y él que te venda por tan bajo precio!
 ¡El altísimo Dios en tal desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada,
 Como en incendio de alquitran terrible,
 En la tercera parte dibujada
 Se mira la Lujuria incorregible:
 Ostentando su faz desvergonzada,
 Su mano carnicera, vientre horrible
 Y altivo cuello, con inmunda boca
 A la encendida juventud provoca.
 Con arrugada frente y secos labios,
 Lanzando chispas de sus turbios ojos
 Y de la boca horrisonos agravios,
 Y con las manos prometiendo enojos
 Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
 Guerras, victorias, armas y despojos,
 Está la Ira fatal de brazo fuerte.
 Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Una mesa riquísima, de flores
 Y diversos manjares adornada,
 Cercando están valientes comedores
 De gesto ufano y vida regalada.
 Preciosos vinos, árabes olores
 Rodean á la Gula destemplada
 Que en los ricos palacios de los reyes
 Impone torpes y brutales leyes.
 Sirven de rubias y tendidas hebras
 A la Envidia de aspecto formidable,

Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le cifren el cuello abominable.
Torva los hierros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
E imperceptibles faltas desentierra
Que el hombre frágil, aunque justo, encierra.

El postrero lugar ocupa ociosa
Lánguida la Perea en torpe lecho,
Allí en calientes sábanas reposa
Puestas las manos en el muelle pecho;
Allí sueña, allí duerme lagañosa,
La noche prolongando sin provecho;
Y aunque despierta al retemblar la tierra,
Luego los ojos nuevamente cierra.

Sentimos que el Sr. de Berriozabal cuidase hasta tal punto de la fuerza de la imágen en la descripción de la *Perea*, que se dejase llevar hasta el mal gusto, permitiéndose el vocablo *lagañosa*; lunar que resalta tanto mas, cuanto que se tropieza con él, despues de haber admirado lo magnífico de la versificación y de la poesia. Permítanos el ilustre autor tamaña severidad; bien sabe que en asuntos de crítica, si los trabajos han de ser concienzudos, es preciso dejar aparte las consideraciones de la amistad.

El congreso de los espíritus infernales, es tambien un pasage lleno de poesia. Despues de tantas descripciones como se han hecho de la region de tinieblas y de sus terribles moradores, parecia difícil escribir nada que pudiese llamar la atencion; sin embargo, el autor de la *Nueva Cristiada*, ha encontrado en su imaginacion abundantes recursos para hacer su cuadro interesante, realizando ademas la fuerza y brio del pensamiento, con una versificación tan soberbia, que hace resonar á nuestros oidos el fragoso estrépito de las bóvedas del averno.

Del monarca infernal el furor sube
Recelando que Cristo sea el Verbo:
Torbullinosa la de incendios nube
Mas le devora el corazon protervo:
La frente impía del infiel querube
Surcan mas rayos, y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.
Una torre de sierpes y alacranes
Sobre sus ígneas crines se encarama;

En sus oidos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betun y llama;
Con lanzas de diamante agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.

Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo, en son horripilante
Las pavorosas, lóbregas cavernas
Llaman al escuadron centelleante,
Que de las claras bóvedas superias
Cayó rodando á la mansion de llanto,
Do le horroriza perdurable espanto.

La hondisima region de la tiniebla
Un mar de sangre espumajosa inunda;
La retronante bóveda de niebla
Fuego devastador llueve iracunda;
Muchedumbre de crimenes la puebla;
La muerte con sus brazos la circunda;
Y de la eternidad la pesadumbre,
Forma su férreo muro y su techumbre.

De Luzbel al acento soberano
De espíritus se junta el bando fiero:
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragon llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano:
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja.

Que cual sol infernal chispas arroja,
Y el que sañudo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á cuyo carro retembló la tierra,
Con ignívoros ojos de venganza,
Que al mas robusto corazon aterra,
Ya del oscuro rey llega á la estancia,
Y el que Chipre adoró por Venus bella,
Y el que culto escigió de la doncella.

Tambien el diligente mensajero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua cioncia!

Espíritu en delirios lisonjero,
 Gran pintor de fantástica apariencia;
 Y el que á sus hijos devoró tirano,
 Y el que fingió frenar el mar insano,
 Y el otro vil que presidió al becerro
 Por Dios temido, y en crisol forjado,
 Efecto pertinaz del loco yerro,
 Del pueblo de Israel desatinado,
 El oro antiguo convertido en hierro,
 Y de bucy el aspecto conservado,
 Bajó dando bramidos pavorosos,
 Con los dos de Samaria fabulosos,
 Ni los dioses en México temidos,
 De aquel horrendo cóncilave faltaron,
 De humana sangre bárbara tenidos,
 En que siempre sedientos se empaparon;
 Ni del Perú los ídolos fingidos,
 Que en lucientes culebras se mostraron;
 Ni Eponamón; indómito guerrero,
 Deidad activa del Arauco fiero,
 Junto al Senado con solemne pompa,
 La boca, que parece catacumba,
 Abre el tremendo rey; cual son de trompa,
 Cual airado huracán su ahullido zumba:
 Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
 No con fragor tan hórrido retumba,
 Ni terremoto que en tronante guerra,
 Derrumba montes y desgarrá tierra,
 “Principes, dice, torcedor agudo
 Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!
 Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo;
 Y ¡oh dolor! ¡oh dolor! que lo es sospecho.
 ¡Ay de Luzbell! ¡ay de Luzbell! ¡ay de Luzbell!
 ¡Ay de Luzbell! ¡ay de Luzbell! ¡Deshecho!
 Será mi imperio! ¿Cerrará mis puertas
 Estando al hombre las del cielo abiertas?
 “Mas ay!... ¡Deliro!... Buscaré camino
 De saber la verdad; id luego todos
 Y notad si es humano ó si es divino
 Por estos nuevos y terribles modos,
 Si del trono de Dios escelso vino
 Al bieno vil de los terrores todos,

Probado con deshonra y con violencia
 Inhumana y atroz, tendrá paciencia.
 “Volad, y por caminos diferentes
 Afrentas procurad nunca vistas,
 Rudas mofas, oprobios indecentes,
 A que tú, Cristo, con valor resistas.
 Juntad soberbios pechos insolentes
 Manos y almas guerreras y malquistas.
 Id presto, furias del estigio lago,
 Y haced que sufra carnicero estrago.
 “A los unos envidia mordedora
 Y á los otros soplad soberbia altiva,
 Y al vulgo adulador que en Salen mora,
 Lisonja infame y abyeccion nociva.”
 Al punto aquella horrfica y traidora
 Alada multitud se lanzó activa,
 Llevando al Salvador sañosa guerra
 Y en vivo infierno convirtió la tierra.
 El aire con asombros ofuscaron,
 De fantasmas la opaca luz cubrieron,
 Con mentiras las almas perturbaron,
 De engaño los espíritus hinchieron:
 Entre la ruda plebe se mezclaron,
 Y en la gente mas noble se ingirieron,
 Derramando do quier iras, furores,
 Cual lava los volcanes tronadores.

A mas de las obras indicadas, tiene el Sr. de Berriozabal otras varias: entre ellas la traduccion de un poemita italiano de Angel Mazza, titulado: *Maria al pié de la Cruz*, que ha publicado á continuacion de las poesías de Lamartine, la de la historia de la milagrosa conversion del Sr. Ratisbonne y del Judaismo á la Religion Católica, escrita en francés por el Sr. baron de Bussieres, y la de la *Historia compendiada de la Religion*, escrita en francés por Carlos Francisco Lhomond. Inútil es decir que en estos trabajos no se ha mostrado inferior á sí mismo. La *Historia compendiada de la Religion*, va precedida de algunos discursos del traductor, donde se encuentran pasages, verdaderos modelos, por las magestuosas galas del estilo y la pureza y correccion del lenguaje. Tambien es notable su *Manual de los devotos de Maria*, que contiene oraciones y ejercicios piadosos en honra de la Santísima Virgen, á los cuales están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices; noti-

cias y documentos de dichas indulgencias, y meditaciones para todos los dias del mes, sobre las perfecciones de su corazon, traducidas del italiano; y algunas poesias originales en loor de la misma Señora. En un siglo en que tanto campean la incredulidad y el indiferentismo, no se avergüenza el Sr. de Berriozabal de manifestarse cristiano, y cristiano piadoso, que profesa la mas tierna devocion á la Virgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

El Recreo pötico religioso, es una pequeña coleccion de poesias dedicada á las hermanas de caridad. "¿Y cómo sería posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones, tengais algun pequeño desahogo; pero aun este dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarcillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellísimo candor de vuestras almas."

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuacion algunas muestras. Sea la primera, la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasages de una delicadeza admirable.

EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con flébilés voces
Desde el purgatorio grita
Un ánima sin consuelo
A su madre olvidadiza.
¡Ay madre, madre adorada,
Dulce amor del alma mia!
Tan presto me has olvidado
Y me abandonas cautiva?
Cautiva estoy en la cárcel
Del purgatorio sombría.
Pidiéndote me socorras
En tan horrenda desdicha!
Un torbellino de fuego

Furiosamente me agita,
El tormento es mi vestido
Es el llanto mi bebida.
Empero el dolor mas vivo
Es carecer de la vista
De aquel Dios de mis amores
Que ejerce en mí su justicia.
Este mi Esposo divino
Por mi libertad suspira,
Mas el romper las cadenas
Es cargo que á tí confia.
El en tus manos ha puesto
La salvacion de tu hija.
¿Y así tú me desamparas
Ni mis dolores alivias?
¿Y dónde están las promesas
Que de no olvidarme hacias,
Cuando en mi lecho de muerte
Llorándome dolorida,
Con el ardor de tus besos
Mi tez pálida encendias
Dándome en ellos el alma
En la acerba despedida?
Entonces cuando á mis ojos
Para siempre el mundo huía,
De su fuga me burlaba
Con apacible sonrisa,
Pues nunca me enamoraron
Sus mentirosas delicias;
Y en aquella feliz hora
A mi inocencia tranquila
Fué el morir un dulce sueño,
Que en el seno yo adormida
De mi celestial esposo,
Gozaba de sus caricias.
¡Ay de mí, solo el dejarte,
Erame, madre querida,
Una espada irresistible
Que el corazon me partía!
Reclinada yo en tus brazos,
Mí ya lánguida pupila
Afanosa aun te buscaba

Cuando el alma ya salía.
En tu semblante lloroso
En tí solo estaba fijo,
Cuando se apagó por siempre
Su centella fugitiva.
Para tí, madre adorada,
Fué toda mi breve vida,
Para tí mi último aliento
Y el afán de mi agonía.

Exhalé el alma y al punto
Hizo á la deidad propicia
Cubriéndome con su manto
La escelsa Virgen María.
¡Eternamente en mis labios
Oh Providencia divina,
Resonará tu alabanza,
Porque en flor aun no marchita,
Me cogiste para el cielo
Sentenciándome benigna
A este fuego purgatorio
Que los justos purifica!

Ya mi cándida inocencia
El cielo coronaría,
Mas por tí, querida madre,
No me he visto toda limpia.
¡Por tu culpa he descendido
A esta prision encendida;
Que aunque leve y diminuta
No entra en el cielo mancilla!
¡Tu ejemplo, tú eres la causa!
De que prisionera gima!
Y pudiendo tú librarme,
¡Ni mis tormentos mitigas!
¡No rezas por mi descanso
Ni un padre nuestro! ¡Tan fria
Eres con la que te amaba
Mas, mucho mas que á su vida?
¿No salí de tus entrañas?
¿No soy parte de tí misma?
¿No fué el néctar de tus pechos,
Madre, mi primer bebida?
En mi niñez inocente

Ya graciosa, ya festiva,
¿No fuí tu dulce embeleso?
Yo era toda tu alegría;
Para templar tus pesares
Los ojos á mi volvías,
Y al lanzarme yo en tus brazos
Ahuyentábanse tus cuitas.
Tú me amabas tiernamente:
Yo an tu amor me enloquecía.
Y dónde tu amor es ido?
¿Qué se han hecho tus caricias?
¿No eres tú la que llorabas
Si por pisar una espina
Alguna gota de sangre
Mi tierna planta vertía?
¿No eres tú la que en mi auxilio
Volabas despavorida
Si en algun leve fracaso
Te llamaba asustadiza?
¿No eres tú la que velabas
Un mes y otro noches frias
Arrullándome amorosa
Cuando calentura tibia
Que lenta me devorara
En la angustia te sumía?
¿Y ahora indolente me dejas
Abrasarme en llama viva?
¿O tu pecho se ha mudado
Y no eres ya compasiva?
En suponerte tal cosa
¡Grave injuria se te haría!
¿No, madre, no te has mudado!
¿Tú siempre serás la misma!
Si, lo dice la ternura
Con que á mis hermanas cuidas,
El cariño que las tienes,
El amor con que las mimas
Bien merecen tus desvelos
Mis amables hermanitas.
¿Mas yo infeliz he dejado,
He dejado de ser tu hija?
Ellas, cual yo, no padecen

Y gozan de tus caricias.
¡Ay de mí! ¡qué desconsuelo!
¡Solo esta triste cautiva
No merece una mirada
De tus ojos, madre mía!
No yo así contigo. El cielo
Sabe con qué ansia tan viva
Con insesantes suspiros
Ruego á Dios que te bendiga.
Y el fuego con que te amaba
En la tierra peregrina,
Ha crecido en esta cárcel
Que á compasión no te escita.
¡Ay cuántas veces, ay cuántas
Al verme tan dolorida
Mi ángel custodio volaba,
Por si á piedad te movía,
A contarte mis dolores
Cuando estabas mas dormida,
Y desechabas los sueños
Que mis penas te decían,
Juzgándolos sombras vanas
Porque te eran afflictivas,
Teniéndolas por abortos
De alterada fantasía!
Cuando á esta prision de fuego
Me ví súbito caida,
Esperé que sin demora
Tú de aquí me sacarias
Exhalándote en plegarias
Tan tiernas, tan encendidas,
Al Dios de misericordia,
Como las que yo le hacia,
Pidiéndole por su muerte
Y sus amantes heridas
Que te consolara, ó madre,
¿Te acuerdas? en mi agonía.
Esperaba en tu cariño.
¡Ay esperanza perdida!
¡Desengaño y no esperanza!
¡Ilusion fué concebirla!
¡Ay de mí desventurada!

¡Oye madre, madre mía,
Este clamor de gemido
Que el desamparo me inspira!
Yo olvido, yo te perdono
Esa indolente apatía,
Mas penetre en tus entrañas,
El eco de mi desdicha,
Y finalmente se muevan
A socorrerme con misas,
No te escijo que empuñando
Una gruesa disciplina
Te ensangrientes las espaldas,
Por abrirme al cielo vía.
Solo pido que te acuerdes
De las penas de tu hijita,
Y por mi alivio á los pobres
Des alguna limosnilla
De los frutos y las rentas
De aquella envidiada finca
Que mi papá me dejara
Y en mi muerte te hizo rica.
Acuérdate que hace un lustro
Que no me das la comida
(¡Otro tanto hace que gimo
En esa mazmorra umbria!)
Acuérdate que hace un lustro
Que por mí no te fatigas
Y que todos tus desvelos
Se llevan mis hermanitas,
Haz tambien, te lo suplico,
Que ellas por su hermana pidan,
Que rueguen por mí á la Virgen,
Que oye con gusto á las niñas.
¡Ay, tal vez ya no se acuerdan
Que la cuna les mecia
Y sus llantos acallaba
como que era mayorcita!
Yo desde aquí me desvivo
Por su salud, por su dicha,
Porque no pierdan el lustre
De su inocencia nativa,
Por ellas son mis suspiros.

Mis plegarias repetidas,
Y por tí, madre adorada,
Por tí con santa porfía,
A Dios pido que en su cielo,
Te dé su gloria divina.

Te la dará, dulce madre,
Pues como á esposa afligida
No puede negarme nada
Su ternura compasiva,
Nada de cuanto le pido,
Para mi cara familia,
Mientras nada obtener puedo
Que sea para mí misma.
¿Qué solaz, qué suave encanto
No es pensar que en mi desdicha
Te soy mil veces mas útil
Que cuando feliz vivía?
Si hubiese Dios dilatado
De mi existencia los días,
¡Ay! tal vez no pocos de ellos
Te hubieran sido de acibar.
¡A! quién sabe si un esposo
Ingrato me tocara,
Que con amargos disgustos
Te envenenara la vida,
Y á fuerza de sinsabores
Te abriera la tumba impía!
Yo en un mundo de inconstancia,
De ingratitude y perfidia
Y seductores engaños,
¡Ay! tal vez olvidaría
La obligacion de quererte.
Y aunque en tu amor derretida
Constante fuera en ser tuya;
¿De cuánto te serviría
Contra el ojo del cielo
Una muger desvalida?
Mas ahora en el purgatorio
Aunque victima y cautiva,
Tengo á mi Dios por esposo,
Y es mio cuanto le pido,
Su riqueza y poderío,

Su inmensa sabiduría,
Su inmensa misericordia,
Su Providencia infinita,
Todo con mi Dios lo puedo
Y para tí, madre mia,
Todo para tí lo pido,
Aunque insensible me olvidas.
¿Y no han de ablandarse nunca
Y corresponderme finas
Esas entrañas de madre
En que yo fui concebida?

Los Niños es tambien otra poesia de un género sumamente sencillo y delicado: el corazon del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

LOS NIÑOS.

El amor entrañable
Que tienes á los niños,
Aunque no lo dijeras
Se conoce, Dios mio,
¿De dónde ha de venirles
Sino de tí el hechizo
Con que del mundo entero
Se roban el cariño?
Derramas en sus frentes
El prodigioso riego
De tu gracia divina
En el santo bautismo.
Les envías un ángel
Que es su primer amigo,
Para que haga las veces
De tu amor infinito.
Y el hombre mas adusto
Sonriese festivo
Y respira dulzura
Cuando se acerca á un niño.
Nadie me lo ha contado

Pues mil veces lo he visto,
Sin ir lejos: la prueba.
La tengo yo en mí mismo.
Señor, ¿por qué negarlo?
Soy seco y desabrido,
Tanto que á muchas gentes,
Con mi insulsez fastidio.
¡Sin embargo, en mi pecho
Cuánto amor á los niños.
Encendiste y fomentas
Con tu sopro divino!
No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niño.
Por eso nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.
Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.
Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.
Ni la muger conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño;
Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recién nacido;
Los dolores del parto
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice
Y los echa en olvido.
Tú, Señor, tú le has dado
Ese anhelo tan vivo
De consagrarse entera

Al bienestar del niño.
Tú haces hervir su pecho
En néctar esquisito,
Que dulcemente fluya
A la boca del niño:
Néctar del todo ageno
Al humano artificio
Que vivifica y nutre!
Y acalla el ay del niño.
El grande sacramento
Que Santo al amor hizo
Lo instituíste sábio
Para bien de los niños.
Ellos son la corona
De los esposos finos!
Ellos el dulce blanco
De sus tiernos suspiros!
¡Ay! los tristes casados
Que carecen de niños
Sienten dentro del alma
Un inmenso vacío.
¡Ay! si teme la esposa
El furor del marido,
Cuánto, cuánto le duele
El no tener un niño!
¡Ay! ve que otras dichosas
El varonil rugido
Acallan, colocando
Entre los dos al niño.
Hasta la misma muerte
Se envidia al infantilto,
Pues volar á tu seno
Es la muerte del niño.
O Dios, si yo pudiera
Por medio de un prodigio
Aunque es cosa inaudita
Volverme otra vez niño!
Mas lo que yo no puedo
Tú lo hiciste, Dios mío,
Por robarnos el alma
Con las gracias de niño.

¿Dónde hay mayor delicia
Que verte pequeño
En brazos de tu madre
O gracioso Dios niño?

Posteriormente ha publicado el Sr. de Berriozabal varias composiciones sueltas en prosa y en verso, todas de poca estension y relativas á objetos religiosos. Despues de haber tributado al distinguido escritor los elogios merecidos, justo es que nos detengamos un momento en ecsaminar si la direccion que ha dado últimamente á sus talentos poéticos es la mas acertada para llenar las esperanzas que en sus primeros años hiciera concebir. Desde luego conveniremos en que jamas se emplea mejor la poesia, jamas versa sobre objetos mas propios, que cuando se ocupa en asuntos de religion. La poesia, así como la música y la pintura, nació en los templos, y para los templos debe reservar sus acentos mas bellos y sublimes. Así es que aplaudimos que el Sr. de Berriozabal dedique su talento poético y su estremada facilidad de versificar á los asuntos de religion y piedad, desafiando con santa osadía la sonrisa del incrédulo. Sin embargo, opinamos que sin dejar de ocuparse en tan dignos objetos, antes al contrario, al mismo tiempo que se ocupase en ellos, podria hacer en el género y estilo de sus trabajos algunas modificaciones, con las que tal vez con mas rapidez y derechura, podria llegar al mismo fin que se propone, que es, contribuir al triunfo de la religion y á la propagacion del espíritu de piedad.

Por un conjunto de causas que sería inoportuno enumerar, hay en este siglo un hecho que se podrá calificar de distintas maneras pero que es imposible desconocer; hablamos de cierta tibieza, de cierta indiferencia, de cierto sabor filosófico que se encuentra aun en muchas personas que profesan sinceramente las creencias religiosas. La atmósfera en que vivimos nos contagia de tal suerte, que se pegan sin advertirlo muchos de los males de que ella está impregnada; y así es que al mismo tiempo que ciertos hombres rechazan la impiedad, y no quieren de ninguna manera abandonar la fé de sus padres, son sin embargo tan flacos cuando se trata de hacer frente á la incredulidad, que ni aun se atreven á manifestar su fé, sino revistiéndola con el manto de las convicciones filosóficas. Esto ha producido, que las discusiones religiosas no sean aceptables á muchas personas, si no llevan un carácter eminentemente filosófico, y que ponga á las buenas doctrinas al abrigo de los tiros de la impiedad, suministrando armas para que la filosofia pueda á su vez ser rechazada con otra filosofia. Esto será un mal tan gra-

ve como se quiera; pero es un hecho positivo, evidente, palpable, y del que conviene no desentenderse cuando se escribe en defensa de la religion.

Claro es que si tal sucede en las graves discusiones religiosas, mucho mas se habrá de verificar en la literatura; la cual, dirigiéndose en buena parte á la fantasia y al corazon, puede prescindir mucho menos de la disposicion en que se hallan así aquella como éste por la influencia del espíritu del siglo. Dejamos aparte las obras que sean propiamente de piedad, en las que es preciso andar con sumo tiento, aun cuando se trate de las innovaciones mas pequeñas; pues que éstas no se comprenden comunmente bajo el nombre de literarias, ya que pertenecen á un órden superior, y merecen dictados mas graves y augustos. Pero las obras que sean propiamente de literatura religiosa, no alcanzarán en este siglo mucha nombradía, ni podrán ejercer grande influencia en los espíritus, si no llevan ese barniz filosófico de que hemos hablado, si el escritor no muestra á menudo que conoce y siente profundamente el siglo en que vive. Ese conocimiento y ese sentimiento, sean en hora buena para reprobare y condenar; pero es preciso que existan, es necesario que resalten en todas las páginas de la obra; su ausencia es un vacío que con nada se llena. No basta espresar convicciones profundas, no basta derramar en abundancia los afectos; es necesario que esas convicciones se presenten de tal suerte, que se deje conocer que en su formacion ó conservacion, se han tenido presentes las doctrinas del siglo; es indispensable que esos afectos no procedan de un corazon aislado, por tierno, por delicado que sea, sino que salgan de un corazon, que aun cuando se mantenga íntegro y puro, deje entrever que se ha conservado así, á pesar de haber sufrido el soplo disolvente de la época.

Desearíamos, pues, que el Sr. de Berriozabal, sin disminuir en nada su piadoso fervor y tierno ascetismo, aprovechase las bellas cualidades de su talento poético, dedicándose á trabajar en el sentido indicado, é imprimiendo á sus composiciones un sello filosófico, que se hermanase con la pureza de la doctrina y la santidad de los afectos; quisiéramos que sus composiciones no sirviesen tan solo de pábulo á la devocion de las almas piadosas, sino que el tibio, el incrédulo, el indiferente, encontrasen en ellas pensamientos fuertes que escitasen vivamente su atencion, y los convidasen á meditar afectos enérgicos, que sacudiendo hondamente su corazon, hiciesen resonar á sus oídos el zumbido de una eternidad que viene en pos de un tiempo que pasa; quisiéramos que al encontrarse los hombres sin fé, con un escritor que la tiene tan viva, los hombres sin amor ni es-

peranza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de una alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo, no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y bienandanza, dice un tierno adios á los desgraciados, que ciegos de orgullo ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su origen, de haber mirado cuál se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que habia mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine, quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa escitacion, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobre manera que los amigos de la religion y de la moral, salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nacion, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la mies es mucha y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y aerisolado, su instruccion vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificacion hermosa y facil, su corazon delicado, y su fantasia galana y brillante, seria uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religion, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del país, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los estrangeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y magestuosa gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo.

PIO IX.

Novedad y grandor del espectáculo.

El pontificado de Pio IX ha puesto en expectativa al mundo: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con mas viveza, ni agitado los ánimos tan profundamente, ni convidado á reflexiones mas graves, ni abierto mas ancho campo á conjeturas y pronósticos. El universo católico acaba de oír la nueva de luto: "el Papa ha muerto!" y un instante despues, llega la de regocijo: "ya tenemos Papa;" *Papam habemus*. . . . Mientras los gobiernos de Europa piensan en las eventualidades de la eleccion futura, se hallan sorprendidos con la noticia de que la eleccion se ha hecho ya. La influencia del embajador francés en el Cónclave, es una vulgaridad: Rossi no sabia siquiera cuáles eran los deseos de Luis Felipe; antes que recibiese credenciales ni instrucciones de ninguna clase, la eleccion se habia consumado; el gobierno de las Tullerías fué sorprendido por la noticia de la eleccion, lo mismo que el último de los parisienses. La uniformidad, la prontitud, todo es singular en esta eleccion; nadie tuvo parte en ella, sino los que debían tenerla; el Cónclave, por un movimiento espontáneo, enteramente libre, se fija en brevísimo tiempo, y la capital del orbe cristiano, aclama al Cardenal Mastai-Ferreti, con el nombre de Pio IX.